

veía yo claro, que no parecía servia de mas aquello, que de tenerme con pena; aunque la causa de tenerla yo, no era por mi, ni por mis monjas, sino por la que tenia el padre comisario: que como él me habia mandado ir, estaba con mucha pena; y diérasela grandísima si hubiera algun desmán: y tenia hartas causas para ello. En este tiempo vinieron tambien los padres Calzados á saber por donde se habia fundado. Yo les mostré las patentes que tenia de nuestro reverendísimo padre general; y con esto se sosegaron, que si supieran lo que hacia el arzobispo, no creo bastara, mas esto no se entendia, sino todos creian que era muy á su gusto y contento. Ya fué Dios servido, que nos fué á ver; yo le dije el agravio que nos hacia: en fin me dijo que fuese lo que quisiese, y como lo quisiese; y desde alli adelante siempre nos hacia merced en todo lo que se nos ofrecia, y favor.

CAPITULO XXV.

Prosigue en la fundacion del glorioso san José de Sevilla, y lo que se pasó en tener casa propia.

1. Nadie pudiera juzgar, que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla, y de gente tan rica habia de haber menos aparejo de fundar, que en todas las partes que habia estado: húbote tan menos, que pensé algunas veces no nos era bien tener monasterio en aquel lugar. No sé si el mismo clima de la tierra, que he oido siempre decir, que los demonios tienen mas mano allí para tentar, que se la debe de dar Dios, y en esta me tentaron á mi, que nunca me vi mas pusilánime, y cobarde en mi vida, que allí me hallé, yo cierto á mi mesma no me conocia. Bien que la confianza que suelo tener en nuestro Señor, no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener despues que ando en estas cosas, que entendia apartaba en parte el Señor su mano, para que él se quedase en su ser, y viesse yo que si habia tenido ánimo, no era mio.

2. Pues habiendo estado allí desde este tiempo que digo, hasta poco antes de Cuaresma, que ni habia memoria de comprar casa, ni con qué, ni tampoco quien nos fiasse como en otras partes; que las que mucho habian dicho al padre visitador apostólico, que entrarian, y rogádole llevase allí monjas, despues les debia parecer mucho el rigor, y que no lo podrian llevar, sola una, que diré adelante, entró. Ya era tiempo de mandarme á mi venir del Andalucía, porque se ofrecian otros negocios por acá. A mi dábame grandísima pena, dejar las monjas sin casa, aunque bien veía que yo no hacia nada allí; porque la merced que Dios me hace por acá, de haber quien ayude á estas obras, allí no la tenia.

3. Fué Dios servido que viniese entonces de las Indias un hermano mio, que habia mas de treinta y cuatro años que estaba allí, llamado Lorencio de Cepeda, que aun tomaba peor que yo, en que las monjas quedasen sin casa propia. El nos ayudó mucho, en especial en procurar que se tomase en la que ahora están. Ya yo entonces ponía mucho mas con nuestro Señor, suplicándole que no me fuese sin dejarlas casa, y hacia á las hermanas se lo pidiesen, y al glorioso san José, y hacíamos muchas procesiones, y oraciones á nuestra Señora: y con esto, y con ver á mi hermano determinado á ayudarnos, comencé á tratar de comprar algunas casas: y aunque parecia se iba á concertar, todo se deshacia. Estando un dia en oracion, pidiendo á Dios (pues eran sus esposas, y le tenían tanto deseo de contentar) les diese casa, me dijo: *Ya os he oido, déjame á mí.* Yo quedé muy contenta, pareciéndome la tenia ya, y así fué; librónos su Majestad de comprar una, que contentaba á todos por estar en buen puesto, y era tan vieja; y malo lo que tenia, que se compraba solo el sitio en poco menos que la que ahora tienen. Y estando ya concertada, que no faltaba sino hacer las escrituras, yo no estaba nada contenta: pareciame, que no venia esto con la postrera palabra, que habia entendido en la oracion; porque era aquella palabra (á lo que me pareció) señal de darnos buena casa; y así fué servido, que el mismo que la vendía, con ganar mucho en ello, puso inconveniente cuando habia de hacer las escrituras, cuando habia quedado, y pudimos, sin hacer ninguna falta, salirnos del concierto, que fué harta merced de nuestro Señor: porque en toda la vida de las que estaban, se acabára de labrar la casa, y tuvieran harto trabajo, y poco con qué.

4. Mucha parte fué un siervo de Dios, que casi desde luego que fuimos allí, como supo que no teníamos misa, cada dia nos la iba á decir, con tener harto lejos su casa, y hacer grandísimos soles: llamase Garcia Alvarez, persona muy de bien, y tenida en la ciudad por sus buenas obras, que siempre no entiende en otra cosa; y á tener él mucho, no nos faltara nada. El como sabia bien la casa, pareciále gran desatino dar tanto por ella: y así cada dia nos lo decia, y procuró no se hablase mas en ella. Y fueron él, y mi hermano á ver en la que ahora están: vinieron tan aficionados, y con razon; y nuestro Señor que lo queria, que en dos, ó tres dias se hicieron las escrituras. No se pasó poco en pasarnos á ella, porque quien la tenia no la queria dejar: y los frailes Franciscos, como estaban junto, vinieron luego á requerirnos, que en ninguna manera nos pasásemos á ella; que á no estar hechas con tanta firmeza las escrituras, alabára yo á Dios que se pudieran deshacer, porque nos vimos á peligro de pagar seis mil ducados que costaba la casa, sin poder

entrar en ella. Esto no quisiera la priora, sino que alababa á Dios de que no se pudiese deshacer, que la daba su Majestad mucha mas fe, y ánimo que á mi en lo que tocaba aquella casa, y en todo le debe tener, que es harto mejor que yo. Estuvimos mas de un mes con esta pena, ya fué Dios servido, que nos pasamos la priora, y yo, y otras dos monjas una noche, porque no lo entendiesen los frailes, hasta tomar la posesion, con harto miedo. Decian los que iban con nosotras, que cuantas sombras veian les parecian frailes.

5. En amaneciendo, dijo el buen Garcia Alvarez (que iba con nosotras) la primera misa en ella, y así quedamos sin temor. ¡O Jesus! ¡Qué dellos he pasado al tomar de las posesiones! Considero yo, si yendo á no hacer mal, sino en servicio de Dios, se siente tanto miedo, ¿qué será de las personas que le ván á hacer, siendo contra Dios, y contra el prójimo? No sé que ganancia pueden tener, ni que gusto pueden buscar con tal contrapeso. Mi hermano aun no estaba allí, que estaba retraido por cierto yerro que se hizo en la escritura, como fué tan apriesa, y era en mucho daño del monasterio, y como era fiador, querianle prender; y como era extranjero, diéranos harto trabajo, y así nos les dió, que hasta que dió hacienda en que tomaron seguridad, hubo trabajo: despues se negoció bien, aunque no faltó algun tiempo de pleito, porque hubiese mas trabajo. Estábamos encerradas en unos cuartos bajos, y él estaba allí todo el dia con los oficiales, y nos daba de comer, y aun muchos dias antes; porque aun como no se entendia de todos ser monasterio, por estar en una casa particular, habia poca limosna, sino era de un santo viejo prior de las Cuevas, que es de los Cartujos, grande siervo de Dios. Era de Avila, de los Pantojas: púsole Dios tan grande amor con nosotras, que desde que fuimos, y creo le durará hasta que se le acabe la vida el hacernos bien de todas maneras. Porque es razon, hermanas, que encomendéis á Dios á quien tan bien nos ha ayudado, si leyéredes esto (sean vivos, ó muertos) lo pongo aquí: á este santo debemos mucho.

6. Estúvose mas de un mes (á lo que creo) que en esto de los dias tengo mala memoria, y así podria errar: siempre entendí poco mas, ó menos, pues en ello no vá nada. Este mes trabajó mi hermano harto en hacer la iglesia de algunas piezas, y en acomodarlo todo, que no teniamos nosotras que hacer.

7. Despues de acabado, yo quisiera no hacer ruido en poner el santísimo Sacramento, porque soy muy enemiga en dar pesadumbre en lo que se puede escusar, y así se lo dije al padre Garcia Alvarez, y él lo trató con el padre prior de las Cuevas, que si fueran cosas propias suyas, no lo miráran mas que las nuestras: y parecióles, que para que fuese

conocido el monasterio en Sevilla, no se sufria, sino ponerse con solemnidad, y fuéronse al arzobispo. Entre todos concertaron que se trajese de una parroquia el santísimo Sacramento con mucha solemnidad, y mandó el arzobispo se juntasen los clérigos, y algunas cofradias, y se aderezasen las calles.

8. El buen Garcia Alvarez aderezó nuestra claustro, y como he dicho servia entonces de calle, y la iglesia estremadísicamente, y con muy buenos altarés, é invenciones. Entre ellas tenia una fuente, que el agua era de azahar, sin procurarlo nosotras, ni aun quererlo, aunque despues mucha devocion nos hizo, y nos consolamos se ordenase nuestra fiesta con tanta solemnidad, y las calles tan aderezadas, y con tanta música, y menestres, que me dijo el santo prior de las Cuevas, que nunca tal habia visto en Sevilla, que conocidamente se vió ser obra de Dios. Fué él en la procesion, que no lo acostumbraba: el arzobispo puso el santísimo Sacramento. Veis aquí, hijas, las pobres Descalzas honradas de todos, que no parecia aquel tiempo antes que habia de haber agua para ellas, aunque hay harto en aquel río: la gente que vino fué cosa excesiva.

9. Acaeció una cosa de notar á dicho de todos los que la vieron. Como hubo tantos tiros de artilleria, y cohetes despues de acabada la procesion, que era casi noche, antojóseles de tirar mas, y no sé como sea, prende un poco de pólvora, que tienen á gran maravilla no matar al que lo tenia, subió gran llama hasta lo alto de la claustro, que tenia los arcos cubiertos con unos tafetanes, que pensaron se habian hecho polvo, y no les hizo daño poco, ni mucho, con ser amarillos, y de carmesí: y lo que digo que es de espantar es, que la piedra que estaba en los arcos debajo del tafetan, quedó negra del humo, y el tafetan que estaba encima, sin ninguna cosa, mas que si no hubiera llegado allí el fuego. Todos se espantaron cuando lo vieron: las monjas alabaron al Señor, por no tener que pagar otros tafetanes. El demonio debia destar tan enojado de la solemnidad que se habia hecho, y ver ya otra casa de Dios, que se quiso vengar en algo, y su Majestad no le dió lugar. Sea bendito por siempre jamás. Amen.

CAPITULO XXVI.

Prosigue en la mesma fundacion del monasterio de san José de la ciudad de Sevilla. Trata de algunas cosas de la primera monja que entró en él, que son harto de notar.

4. Bien podeis considerar, hijas mias, el consuelo que teniamos aquel dia. De mí os sé decir, que fué muy grande: en especial me le dió ver que dejaba á las hermanas en casa tan buena, y en buen puesto, y co-

nocido el monasterio, y en casa monjas que tenían para pagar la mas parte de la casa; de manera, que con las que faltaban del número, por poco que trajesen, podian quedar sin deuda: y sobre todo me dió alegría haber gozado de los trabajos. Y cuando habia de tener algun descanso, me iba, porque esta fiesta fué el domingo antes de pásena del Espiritu Santo, año de 1576 y luego el lunes siguiente me partí yo, porque la calor entraba grande, y por si pudiese ser, no caminar la pásena, y tenerla en Malagon, que bien quisiera detenerme algun dia, y por esto me habia dado harta prisa. No fué el Señor servido, que siquiera oyese un dia misa en la iglesia. Harto se les aguó el contento á las monjas con mi partida, que sintieron mucho, como habiamos estado aquel año juntas, y pasado tantos trabajos, que como he dicho, los mas graves no pongo aquí; que á lo que me parece, dejada la primera fundacion de Avila, que aqui no hay comparacion, ninguna me ha costado tanto como esta, por ser trabajos los mas interiores. Plega á la divina Majestad que sea siempre servido en ella, que con esto es todo poco, como yo espero que será, que comenzó su Majestad á traer buenas almas á aquella casa, que las que quedaron de las que llevé conmigo, que fueron cinco, ya os he dicho cuán buenas eran, algo de lo que se puede decir, que lo menos es. De la primera que aqui entró quiero tratar, por ser cosa que os dará gusto. Es una doncella hija de padres muy cristianos, montañés el padre. Esta, siendo de muy pequeña edad (como de siete años), pidiola á su madre una tia suya para tenerla consigo, que no tenia hijos: llevada á su casa, como la debia regalar, y mostrar el amor que era razon, unas sus mujeres debian tener esperanza que les habia de dar su hacienda, antes que la niña fuese á su casa, y estaba claro, que tomándola amor, lo habia de querer mas para ella. Acordaron quitar aquella ocasion con un hecho del demonio, que fué levantar á la niña, que queria matar á su tia, y que para esto habia dado á la una no sé qué maravedis que la trajese de solimán. Dicho á la tia, como todas tres decian una cosa, luego las creyó, y la madre de la niña tambien, que es una muger harto virtuosa.

2. Tomó la niña, y llevóla á su casa, pareciéndole se criaba en ella una muy mala muger. Díceme la Beatriz de la Madre de Dios (que así se llama) que pasó mas de un año, que cada dia la azotaba, y atormentaba, y haciála dormir en el suelo, porque le habia de decir tan gran mal. Como la muchacha decia que no lo habia hecho, ni sabia que cosa era solimán, parecia muy peor, viendo que tenia ánimo para encubrirlo. Afligiase la pobre madre de verla tan recia en encubrirlo, pareciéndole nunca se habia de enmendar. Harto fué no levantárselo la

muchacha para librarse de tanto tormento, mas Dios la tuvo, como era inocente, para decir siempre verdad; y como su Majestad torna por los que están sin culpa, dió tan gran mal á las dos de aquellas mujeres, que parecia tenían rabia, y secretamente enviaron por la niña á la tia, y la pidieron perdon, y viéndose á punto de muerte, se desdijeron; y la otra hizo otro tanto, que murió de parto. En fin, todas tres murieron con tormento, en pago del que habian hecho pasar aquella inocente. Esto no lo sé de sola ella, que su madre fatigada despues que la vió monja de los malos tratamientos que la habia hecho, me lo contó con otras cosas, que fueron hartos sus martirios; y no teniendo su madre mas, y siendo harta buena cristiana, permitia Dios, que ella fuese el verdugo de su hija, queriéndola muy mucho. Es muger de mucha verdad, y cristiandad.

3. Habiendo la niña como poco mas de doce años, leyendo en un libro que trata de la vida de santa Ana, tomó gran devocion con los santos del Monte Carmelo, que dice allí, que su madre de santa Ana iba á tratar con ellos muchas veces (creo se llama Merenciana) y de aquí fué tanta la devocion que tomó con esta Orden de nuestra Señora, que luego prometió ser monja della, y castidad. Tenia muchos ratos de soledad cuando ella podia, y oracion. En esto la hacia Dios grandes mercedes, y nuestra Señora, y muy particulares. Ella quisiera luego ser monja, no osaba por sus padres, ni tampoco sabia á donde hallar esta Orden, que fué cosa para notar, que con haber en Sevilla monasterio della de la regla mitigada, jamás vino á su noticia, hasta que supo destes monasterios, que fué despues de muchos años. Como ella llegó á la edad para poderla casar, concertaron sus padres con quien casarla, siendo harto muchacha; mas como no tenían mas de aquella, que aunque tuvo otros hermanos, murieronse todos, y esta, que era la menos querida, les quedó: que cuando le acació lo que he dicho, su hermano tenia, que este tornaba por ella, diciendo no lo creyesen. Muy concertado ya el casamiento, pensando ella no hiciera otra cosa; cuando se lo vinieron á decir, dijo el voto que tenia hecho de no se casar, que por ningun arte, aunque la matasen, no lo haria.

4. El demonio que los cegaba, ó Dios que lo permitia, para que esta fuese mártir, que ellos pensaron que tenia hecho algun mal recaudo, y por eso no se queria casar: como ya habian dado la palabra, y ver afrentado al otro, diéronla tantos azotes, y hicieron en ella tantas justicias, hasta quererla colgar, que la ahogaban, que fué ventura no la matar: Dios que la queria para mas, le dió la vida. Díceme ella á mí, que ya á la postre casi ninguna cosa sentia, porque se acordaba de lo que habia padecido santa Inés, que se lo trajo el Señor á la memoria, y que se

holgaba de padecer algo por él, y no hacia sino ofrecérselo. Pensaron que muriera, que tres meses estuvo en la cama, que no se podía menear.

5. Parece cosa muy para notar, una doncella que no se quitaba de par de su madre, con un padre harto recatado, segun yo supe, como podian pensar della tanto mal; porque siempre fué santa, y honesta, y tan limosnera, que cuanto ella podia alcanzar, era para dar limosna. A quien nuestro Señor quiere hacer merced de que padezca, tiene muchos medios, aunque desde algunos años les fué descubriendo la virtud de su hija, de manera, que cuanto queria dar de limosna, la daban, y las persecuciones se tornaron en regalos. Aunque con la gana que ella tenia de ser monja, todo se le hacia trabajoso, y así andaba hartó desabrida, y penada, segun me contaba.

6. Acaeció trece, ó catorce años antes que el padre Gracian fuese á Sevilla, que no habia memoria de Descalzos carmelitas, estando ella con su padre, y con su madre, y otras dos vecinas, entró un fraile de nuestra Orden vestido de sayal (como ahora andan) descalzo. Dicen, que tenia un rostro fresco, y venerable, aunque tan viejo, que parecia la barba como hilos de plata, y era larga, y púsose cabe ella, y comenzó á hablar un poco en lengua, que ni ella, ni ninguno lo entendió; y acabando de hablar, santiguóla tres veces, diciéndole: *Beatriz, Dios te haga fuerte*, y fuese. Todos no se meneaban mientras estuvo allí, sino como espantados. El padre la preguntó que quién era. Ella pensó, que él le conocia. Levantáronse muy presto para buscarle, y no pareció mas. Ella quedó muy consolada, y todos espantados que vieron era cosa de Dios, y así ya la tenían en mucho, como está dicho. Pasaron todos estos años, que creo fueron catorce despues desto, sirviendo ella siempre á nuestro Señor, pidiéndole que la cumpliese su deseo,

7. Estaba hartó fatigada, cuando fué allá el padre maestro fray Gerónimo Gracian, y yendo un día á oír un sermón en una iglesia de Triana, á donde su padre vivía, sin saber ella quien predicaba, que era el padre maestro Gracian, vióle salir á tomar la bendición. Como ella le vió el hábito, y descalzo, luego se le representó el que ella habia visto, que era así el hábito, aunque el rostro, y edad era diferente, que no habia el padre Gracian aun treinta años. Díceme ella, que de grandísimo contento se quedó como desmayada; que aunque habia oído que habian allí hecho monasterio en Triana, no entendía era dellos. Desde aquel dia fué luego á procurar confesarse con el padre Gracian, y aun esto quiso Dios que le costase mucho, que fué mas, ó al menos tantas doce veces, que nunca la quiso confesar, como era moza, y de buen parecer, que no

debía de haber entonces veinte y siete años: él apartábase de comunicar con personas semejantes, que es muy recatado. Ya un dia estando ella llorando en la iglesia (que tambien era muy encogida) dijole una mujer, que ¿qué habia? Ella le dijo, que habia tanto que procuraba hablar á aquel padre, y que no tenia remedio, que estaba á la sazón confesando. Ella llevóla allá, y rogóle que oyese aquella doncella, y así se vino á confesar generalmente con él. El como vió alma tan rica, consolose mucho, y consolola con decirla, que podria ser fuesen monjas Descalzas, y que él haria que la tomasen luego; y así fué, que lo primero que me mandó fué, que fuese ella la primera que recibiese, porque él estaba satisfecho de su alma, y así se le dijo á ella. Cuando ibamos, puso mucho en que no lo supiesen sus padres, porque no tuviera remedio de entrar. Y así el mesmo dia de la santísima Trinidad dejó unas mujeres que iban con ella, que para confesarse no iba su madre, y era lejos el monasterio de los Descalzos, á donde siempre se confesaba, y hacia mucha limosna, y sus padres por ella. Tenia concertado con una muy sierva de Dios, que la llevase, y dice á las mujeres que iban con ella (que era muy conocida aquella mujer por sierva de Dios en Sevilla, que hacia grandes obras) que luego vernia, y así la dejaron. Toma su hábito, y manto de jerga, que yo no sé como se pudo menear, sino con el contento que llevaba todo se le hizo poco. Solo temia, si la habian de estorbar, y conocer como iba cargada, que era muy fuera de como ella andaba. ¡Qué hace el amor de Dios! Como ya no tenia honra, ni se acordaba, sino de que no impidiesen su deseo, luego la abrimos la puerta. Yo lo envié á decir á su madre; ella vino como fuera de sí, mas dijo, que ya veía la merced que Dios hacia á su hija; y aunque con fatiga lo pasó, no con extremos de no hablarla como otras hacen, antes en un ser nos hacian grandes limosnas.

8. Comenzó á gozar de su contento tan deseado la esposa de Jesucristo, tan humilde, y amiga de hacer cuanto habia, que teniamos hartó que hacer en quitarle la escoba; estando en su casa tan regalada, todo su descanso era trabajar. Con el contento grande, fué mucho lo que luego engordó. Esto se le dió á sus padres de manera, que ya se holgaban de verla allí.

9. Al tiempo que hubo de profesar, dos ó tres meses antes (porque no gozase tanto bien sin padecer) tuvo grandísimas tentaciones, no porque ella se determinase á no la hacer, mas pareciale cosa muy recia olvidados todos los años que habia padecido por el bien que tenia, la traía el demonio tan atormentada, que no se podia valer. Con todo, haciéndose grandísima fuerza, le venció de manera, que en mitad de los

tormentos concertó su profesion. Nuestro Señor, que no debía de aguardar á mas de probar su fortaleza, tres dias antes de la profesion la visitó, y consoló muy particularmente, y hizo huir al demonio. Quedó tan consolada, que parecia aquellos tres dias que estaba fuera de si de contenta, y con mucha razon, porque la merced habia sido grande. Dende á pocos dias que entró en el monasterio, murió su padre, y su madre tomó el hábito en el mesmo monasterio, y le dió todo lo que tenia en limosna; y están con grandísimo contento madre, y hija, y edificacion de todas las monjas, sirviendo á quien tan gran merced las hizo. Aun no pasó un año, quando se vino otra doncella harto sin voluntad de sus padres, y así vá el Señor poblando esta su casa de almas tan deseosas de servirle, que ningun rigor se les pone delante, ni encerramiento. Sea por siempre jamás bendito, y alabado por siempre jamás. Amen.

CAPITULO XXVII.

En que trata de la fundacion de la villa de Caravaca: púsose el santísimo Sacramento dia de año nuevo del mesmo año de 1576. Es la vocacion del glorioso san José.

1. Estando en san José de Avila, para partirme á la fundacion que queda dicha de Veas, que no faltaba sino aderezar en lo que habiamos de ir, llega un mensajero propio, que le enviaba una señora de allí, llamada doña Catalina, porque se habian ido á su casa desde un sermón que oyeron á un padre de la Compañía de Jesus tres doncellas, con determinacion de no salir, hasta que se fundase un monasterio en el mesmo lugar. Debía de ser cosa que tenian tratada con esta señora, que es la que les ayudó para la fundacion. Era de los mas principales caballeros de aquella villa. La una tenia padre, llamado Rodrigo de Moya, muy gran siervo de Dios, y de mucha prudencia. Entre todas tenian bien para pretender semejante obra. Tenian noticia desta que ha hecho nuestro Señor en fundar estos monasterios, que se la habian dado padres de la Compañía de Jesus, que siempre han favorecido, y ayudado á ella.

2. Yo, como vi el deseo, y hervor de aquellas almas, y que de tan lejos iban á buscar la Orden de nuestra Señora, hizome devocion, y púsome deseo de ayudar á su buen intento, é informada que era cerca de Veas, llevé mas compañía de monjas de la que llevaba; porque (segun las cartas) me pareció que no se dejaria de concertar, con intento de enacabando la fundacion de Veas ir allá.

3. Mas como el Señor tenia determinado otra cosa, aprovecharon poco mis trazas (como queda dicho en la fundacion de Sevilla) que trajeron la licencia del Consejo de las Ordenes, de manera, que aunque ya estaba

determinada á ir, se dejó. Verdad es, que como yo me informé en Veas de á donde era, y vi ser tan á tras mano, y de allí allá tan mal camino, que habian de pasar trabajos los que fuesen á visitar las monjas, y que á los perlados se les haria de mal, tenia bien poca gana de ir á fundarle. Mas porque habia dado buenas esperanzas, pedi al padre Julian de Avila, y á Antonio Gaytan, que fuesen allá, para ver que cosa era, y si les pareciese, lo deshiciesen. Hallaron el negocio muy tibio, no de parte de las que habian de ser monjas, sino de la doña Catalina, que era el todo del negocio, y las tenia en un cuarto por sí, ya como cosa de recogimiento.

4. Las monjas estaban tan firmes, en especial las dos, (digo las que lo habian de ser) que supieron tan bien granjear al padre Julian de Avila, y á Antonio Gaytan, que antes que se vinieron, dejaron hechas las escrituras, y se vinieron, dejándolas muy contentas, y ellos lo vinieron tanto dellas, y de la tierra, que no acababan de decirlo, tambien como del mal camino. Yo, como lo vi ya concertado, y que la licencia tardaba, torné á enviar allá al buen Antonio Gaytan (que por amor de mí todo el trabajo pasaba de buena gana) y ellos tenian aficion á que la fundacion se hiciese; porque á la verdad, se les puede á ellos agradecer esta fundacion, porque si no fueran allá, y lo concertáran, yo pusiera poco en ella. Dijele que fuese, para que pusiese torno, y redés á donde se habia de tomar la posesion, y estar las monjas hasta buscar casa á proposito. Así estuvo allá muchos dias, que la de Rodrigo de Moya (que como he dicho era padre de la una destas doncellas, le dió parte de su casa) de muy buena gana estuvo allí muchos dias haciendo esto. Quando trajeron la licencia, y yo estaba ya para partirme allá, supe que venia en ella que fuese la casa sujeta á los comendadores, y las monjas les diesen la obediencia: lo que yo no podia hacer, por ser la Orden de nuestra Señora del Gármén; y así tomaron de nuevo á pedir la licencia: que en esta, y en la de Veas no hubiera remedio. Mas hizome tanta merced el rey, que en escribiéndole yo, mandó que se diese, que es al presente don Felipe segundo; tan amigo de favorecer los religiosos que entiende que guardan su profesion, que (como hubiese sabido la manera del proceder destes monasterios, y ser de la primera regla) en todo nos ha favorecido: y así, hijas, os ruego yo mucho, que siempre se haga particular oracion por su majestad, como ahora la hacemos. Pues como se hubo de tornar por la licencia, partime yo para Sevilla por mandado del padre provincial, que era entonces, y es ahora el padre maestro fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, (como queda dicho) y estuviéronse las pobres doncellas encerradas hasta